

FORMAS DE ABORDAJE DE LA LITERATURA BOLIVIANA: ENTREVISTA A MÓNICA VELÁZQUEZ GUZMÁN

APPROACHES TO BOLIVIAN LITERATURE: INTERVIEW WITH MÓNICA
VELÁZQUEZ GUZMÁN

Grupo de Estudios sobre Narrativas Bolivianas¹. CIFYH. Universidad Nacional de Córdoba
(Argentina)

Recibido: 27-6-2024

Aceptado: 2-7-2024

Los supuestos que giran en torno a las literaturas nacionales son generalmente problemáticos, pues suponen organizar en categorías homogeneizadoras y jerárquicas un flujo siempre cambiante de producciones estéticas diversas que no se deja capturar. En este sentido, la literatura boliviana no es la excepción: más que un canon estático de obras que representan a la esencia de un país, lo que tenemos es un corpus cambiante y siempre en tensión de autorxs, poéticas y lenguas en el que conviven diferentes regiones, cosmovisiones, géneros, horizontes poéticos, tradiciones e incluso concepciones de lo literario.

Como Grupo de Estudios sobre Narrativas Bolivianas, entonces, quisimos entablar una conversación con la poeta, docente, ensayista e investigadora paceña Mónica Velázquez Guzmán. Las preguntas formuladas de manera colectiva y enviadas a la autora

¹ *El Grupo de Estudios sobre Narrativas Boliviana es un grupo asentado en Córdoba, Argentina, que desde el año 2012 se dedica a estudiar las producciones literarias, estéticas y filosóficas producidas en Bolivia. Desde el año 2019, además, está radicado en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, en la Universidad Nacional de Córdoba, con el proyecto titulado “La escritura como gesto político. Divergencias poéticas en la literatura boliviana de los siglos XX y XXI”. En la actualidad, el grupo está conformado por la Dra. Magdalena González Almada, la Dra. Romina Grana, la doctoranda Mariana Lardone, la maestranda Leila Jimena Ovando, y las estudiantes de licenciatura Alejandra Lamas, Manuela Luna e Irene Coccio Rojas.*

vía e-mail, como se verá a continuación, apuntan a reconstruir gestos, acciones y procedimientos que son característicos de su modo de trabajo. De este modo, entonces, le preguntamos por la construcción de sus *corpus* y el modo de llevar adelante su práctica de pensamiento, pues encontramos que es allí donde revisa cánones, repiensa el lugar de la literatura en el presente y disuelve ideas fuertemente arraigadas en torno a la literatura boliviana, como la de su aislamiento. Además de revisar las políticas de la crítica con respecto al ordenamiento de la literatura y extender sus prácticas al aula.

Como podemos ver en sus respuestas, las preocupaciones que guiaron su trabajo tuvieron que ver con el lugar de la literatura boliviana en el mapa latinoamericano, los cánones que habían quedado olvidados por un canon centralista que hace pie mayormente en lo escrito en la ciudad de La Paz, los imaginarios de país que se construyen en ese canon, el modo de conservar y visibilizar la producción crítica que se escribió en los años anteriores y la posibilidad de formar futuras generaciones de críticxs. De esta manera, por ejemplo, dio nacimiento a proyectos grupales de largo aliento como “La crítica y el poeta” dedicado a producir crítica sobre autorxs centrales para la literatura boliviana y recuperar obras de otros siglos y de regiones no abordadas como Tarija; el grupo “X21”, dedicado a estudiar la obra de lxs escritorxs de las nuevas generaciones; y el reciente *Poesía en Bolivia 1990-2023*, en el que reunió a investigadorxs de diferentes países y niveles académicos de formación para escribir acerca de la poesía de los últimos años. En este sentido, podemos decir que su trabajo de investigación estuvo cruzado siempre por una vocación formativa docente y un afán de construir panoramas.

En los últimos años, además, su trabajo ha dado un viraje hacia la pregunta por los lenguajes de la crítica y lo que nos puede decir la literatura en un mundo atravesado por la experiencia del Covid y una Bolivia atravesada por los conflictos del 2019, que culminaron con la salida de Evo Morales del gobierno. En su libro más reciente, *Un presente abierto las 24 horas*, aborda la producción de obras híper recientes de la literatura boliviana y las pone en diálogo con sus contemporáneas latinoamericanas con un lenguaje que cuestiona las convenciones académicas y se pone a prueba a sí misma. Además de volcarse a una

intensa producción de reseñas, prólogos y artículos que acompañan los movimientos que está teniendo la literatura boliviana tanto dentro como fuera del país con un afán que está guiado más por el ansia de producir preguntas que de encontrar respuestas.

A continuación, entonces, reconstruimos el intercambio que como grupo tuvimos con la autora.

En tus últimos trabajos críticos se aprecia un esfuerzo por romper con los estereotipos del enclaustramiento y conectar a la literatura boliviana con la latinoamericana: ¿qué desafíos encontrás en ese camino?

Hay que enfrentar nuestros propios hábitos y detrás de ellos nuestras fragilidades. Quiero decir, llevamos pocos años trabajando en alianza escritorxs y editorxs, abriendo espacios para difundir y circular nuestra literatura. Eso implica deshacer costumbres y también excusas, pues nuestro enclaustramiento era un pesar, pero también una comodidad que nos eximía de estar al tanto y a la altura de lo que se produce en el mundo. No quiero decir con eso que nos hemos mercantilizado (aunque me parece muy bien ser conscientes de que existe un mercado cultural en el que producimos y consumimos), sino que nos hemos atrevido a poner nuestros imaginarios a dialogar, a circular, entre otros. Eso demanda un cambio de posicionamiento y muchas voluntades sumadas para echar a andar el mapa cultural (variedad de propuestas) hasta volverlo (ojalá), una escena cultural (articulación común de una tradición, memoria y rupturas de un hacer).

En tus últimos trabajos como crítica se aprecia un viraje hacia la literatura de los últimos años: ¿qué políticas de abordaje desplegaste en esa operación?

Como crítica literaria en este país, la verdad es que trabajé contra la angustia de la tradición oral que, con todas sus bondades, no se asienta y, por lo tanto, se fragiliza y se pierde. Hace años, desde que volví de hacer mi posgrado en México (hace ya veinte años), sentí el deber de formar investigadorxs en poesía, de ir armando la memoria de la crítica de poesía, que considero merecedora de todo reconocimiento. Eso me llevó a formar a cinco generaciones

de alumnxs, ahora colegxs, y a publicar en comunidad catorce volúmenes monográficos dedicados a poetas de relieve.

Sin embargo, desde el 2019, año parteaguas en la política nacional reciente en este y otros sitios del mundo, y más todavía desde el surgimiento del covid, siento una obligación, un deber-atender el presente. No me refiero solo a lo actual, sino a aquellos imaginarios y escrituras (incluyendo las más desbordadas) que están registrando e inventando la época que nos ha tocado habitar. Y hacerlo además desde una profunda crisis categorial en la que cada vez me queda más evidente que es poco o nada lo que entiendo de lo que experimento (y mi caso dista mucho de ser el único, valga mencionar a todxs quienes andan indagando en la tecnología, las ciencias, la ecodevastación y la caída de todo lazo social como índices que exigen reflexión en aras de un futuro, así sea circunstancial y a mediano plazo).

En entrevistas anteriores recalcaste la importancia de construir una literatura transnacional latinoamericana ¿creés que hay algún rasgo estético que englobe a todo el territorio?

No lo creo. Me parece imprescindible leernos y entrar en diálogo fuerte desde y con nuestras diferencias. Me es especialmente importante trabajar con la circulación dentro del mismo continente, a ver si ya vencemos la dependencia de triangulación con España como legitimador y posibilitador de circulación (que está muy bien que nos lea y publique, pero no como único puente entre nos) o con las academias del norte sea la estadounidense o la francesa, en cuanto a categorías desde las que definirnos. Igual de central me parece pensarnos, es decir enriquecer nuestra apuesta conceptualizadora y dialogar, también en esas escalas para dejar nuestro rol de productores de materia prima para arriesgar un esbozo de comprensión. Trabajar para que también seamos capaces de leer/pensar con otrxs, sean europeos o norteamericanos. Salir de la queja exige, pues, entrar en la reflexión compleja, distanciarnos de nosotrxs mismxs y elaborar-nos. Tampoco esto es una novedad si pensamos en nuestrxs ensayistas Rama, Henríquez Ureña, Sarlo, Ludmer, etc., quienes ya

circularon por el mundo conceptualizándonos. Sin embargo, la irremediable asimetría de condiciones de producción, circulación e injerencia real sigue siendo un desafío. Remito en este tema a los trabajos de Marcela Croce o Analía Gerbaudo o Ana Gallegos y Jorge Locane, quienes andan indagando por allí.

En tu trabajo como crítica literaria analizás el proceso de escritura de autores bolivianos en el extranjero. ¿Qué reflexión podés hacer desde tu propia experiencia de formación en México? ¿Cómo impacta la experiencia migratoria en tu trabajo y en tu propio ejercicio escritural?

Soy una convencida de que vivir fuera y en lo posible sola o solo debiera ser una experiencia obligatoria. Exponerte, fragilizarte, contrastar tus hábitos y saberes, enfrentarte a no entender o entender poco el código ajeno revela partes absolutamente desconocidas e inesperadas de una misma. Se aprende la distancia desde la distancia, eso sin duda se parece a pensar, a crearse de nuevo.

No sé bien cómo afectó eso a mi práctica docente, crítica y escritural. Aprendí a reírme, aprendí el rigor de la profesión, aprendí a trabajar en grupos cuyos miembros se oyen y cuidan, supongo que todo eso implicó un giro a partir de mi retorno al país. Y ese es otro tema complejo, el retorno. Si Jankélévitch decía que el mal del que se va es la nostalgia y la resignación el del que se queda; supongo que el desencanto y la marca anfibia lo es para quien decide volver, pues queda para siempre escindido entre dos sitios, dos modos de ser, etc.

¿De qué manera dialoga tu saber crítico con tu estilo poético?

Pues, durante varias décadas estuvieron separados, en un modo esquizofrénico de ser/habitar y resolver la cotidianidad, aunque había fugas como la de todo el conocimiento contextual y técnico que te da la academia y nutría la creación. Desde una crisis personal

(que luego se complejizó con la crisis política del país y la sanitaria del mundo por el covid), las porosas fronteras entre esos espacios desaparecieron y opté por dejar entrar la inestabilidad del presente en las seguridades de la academia; lo lúdico de la vida en el poema; mezclar los géneros y pensar justo ahí donde había dejado de entender la realidad, mi cuerpo, la posibilidad o no de imaginar. El resultado escritural de todo eso fue el libro híbrido *Un presente abierto las 24 horas* (Mantis 2023) y un libro de poemas que viene este año.

Como poeta, crítica literaria, docente: ¿qué organización y qué tiempos le dedicás a cada escritura? ¿Te genera conflictos la diversidad escritural?

Es difícil equilibrar tiempos, sobre todo porque escribir no ocupa el tiempo de la misma manera que las actividades prácticas. Es decir, no basta con horas disponibles, demanda una energía, un pensamiento, un despliegue físico específicos y no planificables. Aun así, por suerte la poesía aparece y llueve. El espacio de la academia tiene lo mejor, que para mí es la docencia misma, el espacio de clase que considero de diálogo, desafíos y enriquecimiento mutuo, y una cara menos feliz en los vericuetos administrativos y las pequeñas pugnas de poder que desgastan. Trato de quedarme con lo primero y agradecer el trabajo en un país asediado por el desempleo. La crítica es para mí un ejercicio de disciplina y de generosidad con la que puedo devolver algo de lo que nos da la literatura y hacerlo parte de una escena cultural mayor. Escribir en tres formatos no es simple, pero se complementan y, a veces, me recuerdan que el lenguaje es un arma de muchos filos y mucha potencialidad (vuelvo a Wiethüchter, Montalbetti, Pizarnik).

¿Cómo articulas tu sensibilidad y labor escrituraria con la docencia? O, en otras palabras, ¿cómo ingresa la práctica y reflexión literaria en el ámbito de tu enseñanza en la Universidad?

Como decía, suelo complementarlas, aun en clave de crisis. Igual creo que poder dialogar en clase desde mi rol lectural, pero también desde mi producción escritural ficcional da más capas de discusión a la “clase”. Suelo leer y acompañar los proyectos de quienes inician sus carreras de escritorxs y eso me da mucha alegría. Y como he decidido permanecer dentro de la academia, disfruto también incomodar desde dentro, no acomodarme, expandir sus guarecidos muros lo más posible hacia la incertidumbre y la desmesura actuales.